



GONZÁLEZ CEMPELLÍN, Juan Manuel

Torres de las Encartaciones

Bilbao : Diputación Foral de Bizkaia, 2004. - 2 vol.,
942 p. : il. ; 30 cm. - ISBN: 84-7752-38-78

Las casas torre fueron un tipo de vivienda fortificada construido por los linajes feudales de los siglos XIV al XVI, que cubría simultáneamente las funciones de residencia familiar, bastión de defensa militar y símbolo de prestigio público en una sociedad que vivió de forma convulsa y violenta las etapas finales de la transición bajomedieval. Aunque su vigencia temporal fue limitada, su presencia constituye, aún hoy, un hito de referencia visual insoslayable en el paisaje de extensas regiones del norte de la península Ibérica y la interpretación de su significación histórico-artística ha atraído de forma recurrente a todo género de investigadores y divulgadores del pasado de estos territorios.

Las casas torre en general, y de forma aún más acusada las del País Vasco, cuentan con una dilatadísima tradición historiográfica que arranca desde la generación inmediatamente sucesiva a su construcción, con los textos y referencias admirativas de Juan Martínez de Zaldívar, Martín de Coscojales o Esteban de Garibay, y se prolonga hasta las obras de los cronistas ilustrados del siglo XVIII, como Joaquín José de Landazuri y José Ramón de Iturriza. En todos ellos se refuerza la convicción de su legendaria antigüedad y se subrayan sus vínculos con la condición universal de nobleza y libertad de que gozaban los naturales de la tierra. Las guías y tratados de los autores del siglo XIX, como Juan E. Delmas o Estanislao de Labayru consolidaron esta visión revistiéndola de evocaciones caballerescas inspiradas en la estética neo-medieval del romanticismo, que se compadecían mal con la imagen decididamente discreta, y para entonces habitualmente ruinosa, que habían ido adquiriendo las viejas torres medievales, despreciadas por sus dueños y reducidas en el mejor de los casos a viviendas de modestos labradores.

En el siglo XX los aspectos constructivos y funcionales de las casas torre vascas fueron objeto de especial atención en la obra *Las casas vascas* (1929), del arquitecto Joaquín de Irizar, quien resaltaba las características militares de estas construcciones, justificando su ausencia, cuando estos rasgos eran inexistentes, en el desmochamiento de los pisos altos de las fortalezas ordenado por Enrique IV en 1457. Trabajos posteriores, de ámbito territorial y con pretensiones de exhaustividad, fueron los tres volúmenes dedicados a las *Torres de Vizcaya* (1946) por Javier de Ybarra y Pedro de Garmendia, especialmente insistentes en las cuestiones genealógicas relativas a los linajes de los supuestos promotores y propietarios sucesivos de las torres, y el excelente estudio de las *Torres y casas fuertes en Álava* (1978) firmado por Micaela Portilla, en el que con una amplia base documental se combinan el análisis formal de las torres con su interpretación histórica, identificando a la mayor parte de estos edificios como torres de defensa que habían protagonizado las guerras de bandos, y datándolos en consecuencia entre los siglos XIII al XV.

Juan Manuel González Cembellín conoce muy bien toda esta larga tradición bibliográfica y conoce aún mejor la realidad material de las casas torre vascas, a las que ha dedicado casi un cuarto de siglo de estudio y visitas ininterrumpidas, siguiendo la llamada de una voz que, según él mismo confiesa, le cautivó en su juventud universitaria. Esta voz no es otra que la del gran caudillo banderizo vizcaíno Lope García de Salazar, recogida en las páginas de las *Bienandanzas e fortunas*, que escribió durante su trágico cautiverio en la torre de San Martín de Muñatones, entre 1471 y 1476, y en el que las referencias con vivencias y testimonios de primera mano a las casas torre son constantes.

Una paciente y extensa búsqueda de documentación histórica inédita y un pormenorizado análisis arquitectónico de más de cien edificios, realizado desde los presupuestos metodológicos del nuevo formalismo crítico, han permitido a Juan Manuel González Cembellín rescribir la historia de las casas torre que se conservan en el País Vasco y desmontar una construcción cultural fuertemente ideologizada que se había venido armando con esmero a lo largo de medio milenio. En este sentido cabe resaltar que el libro que el autor ha dedicado a las torres de las Encartaciones –una síntesis de su tesis de doctorado– da al lector mucho más de lo que a primera vista promete en el título. En primer lugar porque esta comarca del occidente vizcaíno ha sido escogida como un caso de estudio, pero las conclusiones que se derivan del mismo son perfectamente extrapolables a todas las regiones próximas, ya que lo que Juan Manuel González Cembellín ha construido es una teoría general de las viviendas y fortificaciones privadas bajomedievales del norte de la Península; y en segundo término porque el instrumental de herramientas críticas que ha dispuesto para resolver los objetivos de la investigación podrá utilizarse desde ahora para abordar con solvencia el análisis y, sobre todo, para la datación precisa de otras tipologías arquitectónicas coetáneas. Además, la contextualización histórica de las circunstancias sociales que favorecieron la edificación de las casas torre ha sido abordada por Juan Manuel González Cembellín como un estudio en sí mismo dentro del conjunto de la investigación, alcanzando en él resultados extraordinariamente clarificadores, al mismo tiempo que corrosivamente desmitificadores, sobre la naturaleza y origen de los linajes feudales, sus estructuras familiares, sistemas de alianzas y modalidades de conflicto en el marco de la reacción nobiliaria ante la crisis bajomedieval.

Así, en la lectura de las *Torres de las Encartaciones* aprendemos que a pesar de que todos reclamaban una antigüedad casi milenaria, que se remontaría a los tiempos de los godos, o al menos al inicio de la Reconquista, los linajes locales fueron en realidad una construcción social muy tardía, típica del siglo XIV, aunque con algunos precedentes limitados de mediados del siglo anterior. Del mismo modo, sus casas torre, supuestamente erigidas en la noche de los tiempos –cuando no presuntamente datadas de forma precisa durante el imperio de Antonino Pío, como la torre de Etxaburu– no comenzaron a construirse hasta el segundo tercio del siglo XIV y buscaron como emplazamiento preferido la proximidad a la red de caminos comerciales que había activado la reciente fundación de núcleos urbanos en la región, y no ubicaciones de fácil defensa o con capacidad de control de un dominio señorial agropecuario.

Frente a la teoría hasta hoy universalmente aceptada de que las casas torre que aún se conservan en pie son las mismas que protagonizaron la sangrienta estación de conflictos armados conocida como las guerras de bandos, que alcanzó su cota de máxima violencia en los años centrales del siglo XV, la investigación de Juan Manuel González Cembellín resulta demoledora en sus conclusiones. El autor demuestra que la práctica totalidad de las casas torre que hoy podemos contemplar fueron edifica-

das varias generaciones más tarde, entre las últimas décadas del siglo XV y las primeras del siglo XVI, y que por tanto apenas si tuvieron ninguna virtualidad militar en su tiempo, pues la fase más virulenta de los conflictos hacía décadas que se había aplacado. La explicación, a pesar de ser completamente novedosa, resulta muy convincente. Todas las torres viejas, las que efectivamente se citan como escenarios de conflictos en la crónica de Lope García de Salazar y otras que Juan Manuel González Cembellín documenta a través de diversas fuentes históricas, desaparecieron a lo largo del siglo XV. Muchas fueron destruidas por el asalto de linajes enemigos, otras por la Hermandad en sus campañas para frenar los abusos de los feudales y las restantes por la famosa disposición de castigo de Enrique IV, que en ningún momento habría ordenado su simple “desmochamiento”, sino lisa y llanamente su derribo y arrasamiento integral.

De este modo, las torres actuales, que tan detalladamente estudia Juan Manuel González Cembellín en el segundo volumen de esta obra, no serían sino reedificaciones *ex novo* de las antiguas fortalezas de los linajes banderizos. Y esto en el mejor de los casos, puesto que en muchas ocasiones lo que se produjo a principios del siglo XVI fue un proceso de emulación social por el que numerosas familias recientemente enriquecidas, pero que nunca habían tomado parte activa en los conflictos armados del siglo anterior, ni constituido un linaje, construyeron sus nuevas residencias imitando el modelo formal de las casas torre y simulando arquitecturas militares que nunca habrían de utilizar para fines bélicos, pero que todavía estaban revestidas de una aureola de gran prestigio social en un mundo que estaba cambiando rápidamente en sus formas de vida, pero en el que la reputación y la honra antigua, aunque fuese inventada, comenzaban a cobrar un valor extraordinario.

El análisis funcional de las torres existentes que propone Juan Manuel González Cembellín desmonta muchas de las convenciones románticas sobre su virtualidad como fortalezas militares. Así, la mayor parte de las supuestas saeteras que se abren en sus muros son identificadas como simples huecos de luz y ventilación; los mitificados cadalsos de madera que coronan algunas torres se reinterpretan como pajares y graneros tardíos; las ladroneras desde las que la imaginación de muchos de los autores antes citados hacían verter aceite hirviendo o plomo fundido durante los asedios, son en realidad sencillas letrinas, y las almenas, matacanes y escaraguaitas de la corona superior de las torres, no son habitualmente otra cosa que recursos ornamentales de lenguaje pseudomilitar. Por el contrario, en las *Torres de las Encartaciones* se explora en detalle la evolución de los caracteres y espacios residenciales de estas edificaciones, que casi siempre habían sido menospreciados y que, sin embargo, van a ser los que permitan a Juan Manuel González Cembellín establecer una taxonomía precisa de los principales tipos históricos de estas torres góticas que evolucionan hacia formas palaciegas renacentistas sin perder por ello su nombre, ni su fiera reputación de fortalezas.

Al público no especialista que se haya acercado alguna vez a las casas torre movido por los afectos, y aun a algunos sectores de la investigación académica que desde nuevas disciplinas como la Arqueología de la Arquitectura se están enfrentando a estas construcciones con herramientas de datación insuficientes y análisis funcionales incorrectos, y que por tanto se ven reducidos a reelaborar viejos discursos de interpretación histórica; a todos ellos, les llevará algún tiempo digerir los incontables hallazgos y aportaciones novedosas de este trabajo, que está destinado, sin embargo, a convertirse en la principal obra de referencia sobre las casas torre y su mundo.

Alberto Santana Ezquerria